

# Capítulo 17 - Luces Pálidas

- [Capítulo 17 - Luces Pálidas](#)

# Capítulo 17 - Luces Pálidas

Musa Shange y sus tres acompañantes fueron los primeros en bajar.

Angharad apreciaba esto: el hombre podía ser arrogante, pero no era cobarde. Solo unos instantes después de que desapareció por las escaleras, comenzó la lucha por alianzas, no por asientos, sino por quienes respaldar. Ahora que parecía seguro que todos bajarían al Acallar para luchar, todos querían estar con los más fuertes que conocían. Shalini se acercó casi a modo de reclamación, y Salvador había estado sentado a su lado durante toda la escena.

“Deberíamos considerar a un cuarto,” aconsejó Shalini en voz baja. “Es mejor ampliar nuestras filas tanto como sea posible.”

“Estoy de acuerdo,” susurró Angharad.

Aunque no se consideraba desprovista de habilidades con la espada, había monstruos que solo el filo ayudaba en poca medida. Echó un vistazo a Salvador, quien gruñó en señal de acuerdo. Bien, podía empezar a buscar...

“Hola.”

La mano de Angharad aún se dirigía a su sable al ver quién les dirigía la palabra. Menor que ella y casi delgado, el muchacho malani que Tupoc había llamado ‘Desperdicio’ llevaba un manto grueso y un sombrero negro de ala ancha que se bajaba para ocultar la mayor parte de su rostro sin bloquear totalmente su visión. Llevaba una lanza de cazador atada a la espalda y una pistola inusualmente gruesa en la cintura. A pesar del sombrero, Angharad podía distinguir un destello de esos ojos extraños, negros y color ámbar, como los de un lobo.

Mientras él hablaba y les miraba, Desperdicio fijaba la vista en el suelo.

“Buenas tardes,” respondió Angharad con cierta rigidez.

La afiliación con Tupoc Xical no era suficiente motivo para mostrar falta de educación, contra todo pronóstico.

“Tupoc dijo que debería acudir a ustedes si hubiera alguna pelea,” dijo el muchacho. “Que le deben algo por el Dominio y por haberlos salvado antes en clase.”

“Eso no es cierto en ninguno de los casos,” respondió Angharad en tono frío.

Desperdicio se desplazó incómodo en sus pies.

“Él dice,” se aclaró la voz del muchacho sobre su puño, “que es de mala educación ser un traidor.”

Angharad se estremeció, su sable a una pulgada de salir, cuando Shalini le tomó la muñeca.

“No aquí,” dijo la tiradora. “Estamos causando un escándalo.”

Los labios de la noblewoman se arrugaron al percatarse de que docenas de personas los observaban, Muchen He del Cuarenta y Nueve sonreía con ironía, y probablemente había espantado a la mitad de sus posibles nuevos compañeros de escuadra. A regañadientes, volvió a guardar su arma.

“Además, él sabe algo sobre la muerte de alguien llamado Isabel Ruest,” continuó Desperdicio.

Angharad se dio cuenta, con retraso, de que no había pestañeado, incluso cuando estuvo a punto de sacar la espada. ¿No lo había visto por estar mirando al suelo? No, seguramente sí.

Simplemente no mostró miedo.

“¿Quizá te refieres a Isabel Ruest?” preguntó Shalini.

Desperdicio soltó un suspiro de alivio.

“Exactamente, esa,” dijo. “¿Conoces los nombres de los Lierganen?”

“Eso ya es hablarle a quien escucha,” replicó Shalini con tono mordaz.

“¿Qué sabe él que podría importar?” exigió Angharad.

Desperdicio encogió los hombros.

“No me lo dijo,” respondió el muchacho malani. “Pero si me aceptan hoy, quizás él lo diga.”

Angharad frunció el ceño. Isabel había muerto en combate, ¿verdad? Tupoc había estado allí esa noche, pero no parecía cercano a ella, al menos en su memoria. Sin embargo, aunque el Izcalli era un mentiroso y un hombre sin honor, por lo general cumplía sus acuerdos —aunque solo fuera para que otros pudieran volver a negociar con él. Y si esta oferta era una trampa, pensó la noblewoman, estaría libre de cualquier vínculo con él. Miró a Shalini, quien dejó escapar un suspiro.

“¿Qué puedes hacer?” preguntó la curvilínea Someshwari.

“Soy buena con la lanza,” dijo Expendable, “y tengo municiones de sal para mi pistola.”

“¿Contratar?” tartamudeó Salvador.

“Sí,” respondió la morena de Malani con tono firme. “Pero lo mejor será que no la use.”

Por su curiosidad, Angharad no cruzó la línea no escrita.

“Está bien,” dijo Shalini. “Ahora estamos demasiado desordenados para atraer a alguien competente, así que mejor busquemos a alguien cuya muerte no lamentaríamos.”

Eso fue bastante cruel para decirle a un extraño, pensó la noble, pero Expendable no pareció conmoverse en lo más mínimo. Considerando lo que Tupoc le había puesto ese nombre, tal vez no debería ser sorprendente. Salvador le lanzó una mirada y asintió, y con el acuerdo de Angharad, la decisión quedó tomada. Sin embargo, no había más tiempo para hablar, ya que alguien exclamó y ella vio que abajo, el escuadrón de Musa Shange se preparaba para pelear.

El Mariscal, sin mostrar indicios de abandonar el lugar, dejó que eligieran su encierro y lo abrió él mismo antes de apartarse.

Tras la aparición del onjancanu, Angharad esperaba que saliera otro gran bestia, pero en lugar de eso, lo que emergió fue un remolino de movimientos. El escuadrón de Musa había estado tendido en espera, y los dos con mosquetes dispararon, pero solo lograron impactar en el interior de la jaula. Fue la cuarta, una mujer con dos hachas plateadas, quien permitió que todos vieran claramente al lemure cuando las levantó justo a tiempo para atraparse en las mandíbulas de una serpiente emplumada y alada.

Era un combate completamente distinto al del Mariscal. El lemure —que no parecía muy diferente a algunos dibujos que Angharad había visto de grandes espíritus Izcalli— no era un gigante torpe, sino una criatura rápida, venenosa, diminuta. No era más grande que una oveja y no tenía brazos, pero sus largas plumas de la cola eran afiladas como navajas, y su mandíbula, lo bastante fuerte, podía partir un mosquete si lograba atrapar a un descuidado alumno.

Varias personas quedaron cortadas, aunque las heridas no eran profundas, y todos evitaron esa mordida mortal.

Para honra de Lord Musa, comprendió rápidamente que dispersar a su escuadrón había sido un error y que la criatura intentaría cazarlos uno a uno. Los reunió a todos en grupo, y cuando el lemure aún intentó atacar, finalmente lograron atraparlo. La mujer con las hachas plateadas tiró una, que falló, pero luego un destello plateado hizo que la otra regresara girando hacia su mano. El lemure hizo un giro para evitarla, hacia el suelo, y Musa lo atrapó con su espada.

Fue por las alas, con cautela, y tras dejar de volar, la serpiente alada encontró una rápida y deshonrosa muerte.

“Me pregunto por qué no intentó huir,” meditó Shalini. “Nadie podría haberlo detenido si hubiera volado hacia arriba.”

“Los espíritus no pueden abandonar este lugar,” dijo en voz baja Expendable.

Solo observó la pelea con pequeños gestos, sin fijar la vista. Angharad lo miró con desconcierto.

“¿Por qué?”

“No sé por qué,” respondió la morena de Malani. “Simplemente, lo sé.”

Expendable hablaba como un hombre de las Islas, no como alguien criado en el extranjero, así que ella se abstuvo de llamarlo mentiroso en la privacidad de su mente. Él habría sido instruido mejor.

Aunque Angharad sugirió que ellos serían los siguientes en bajar las escaleras, Shalini propuso esperar otras dos peleas para entender mejor qué enfrentaban los lemures. A ella le parecía una estrategia de especulación, pero los demás estaban de acuerdo, así que decidió ceder en el asunto.

La segunda pelea fue mucho más rápida: el lemure era un caballo con dos cuernos curvos, y aunque resultó peligroso cuando exhaló una bocanada de fuego hacia la brigada que le hacía frente, los cuatro lo mataron con eficacia experta. Disparos en los costados con mosquetes, luego una lanza en la cabeza. Esto alentó a la siguiente escuadra a aventurarse con solo tres integrantes.

Solo uno logró salir, y le faltaba una pierna.

Un lemure aparentemente inofensivo, que parecía un niño con la mitad inferior de cabra—aunque la parte superior solo parecía humana, por la forma en que los músculos se movían debajo, todo disconforme—los destrozó brutalmente. Se escapó del disparo que inició la batalla, robó una hoja y le cortó la garganta a la muchacha de Someshwari antes de que pudiera gritar. Otro de los tres le clavó una lanza en el cuello mientras lo hacía, pero el lemure le atravesó el ojo en represalia.

El cuello estaba medio cortado, la cabeza colgando sin gracia, pero esa carne no tenía flujo de sangre. Solo cartílago.

Solo cuando el último alumno le disparó en el vientre, el lemure soltó un grito, una boca que se abrió en su abdomen con dientes como cuernos de cabra, y desgarró la pierna del último estudiante antes de que la chica le clavara la lanza lo suficiente como para que dejara de moverse, gritando y llorando todo el tiempo. Tuvo que sacarla a la fuerza los mantos negros que custodiaban el resumen tras la reja, inconsciente. Dos más llegaron y sacaron los cadáveres mientras el Comandante permanecía en silencio.

“¡Siguiente!” simplemente anunció, mirando hacia las gradas.

Una quietud mortal cayó sobre ellos mientras sacaban los muertos, cada susurro silenciado al enfrentarse a la cruda realidad de que su profesor había visto morir a dos estudiantes y a un tercero quedar incapacitado de por vida, con indiferencia cortés. No existía ninguna protección secreta aquí, ningún artefacto antiguo que evitara muertes o hiciera todo esto seguro.

Esto no era una clase, era una especie de matanza.

Bueno, no había de otra. Angharad se apartó del barandal, ajustó su capa y la espada a su lado antes de revisar su pistola. Quizá incluso la usaría.

“¿Vamos?” les preguntó a los demás.

Ellos le lanzaron miradas vacías a cambio.

“Primero dos, y luego descendemos. Eso era lo acordado,” les recordó.

“Así es,” aceptó Shalini suavemente, luego lamió sus labios. “Muy bien.”

El rostro de Salvador era una máscara de calma, y por lo que pudo notar, Expendable apenas prestaba atención. Angharad asintió en su dirección, luego tomó la delantera bajando las escaleras de piedra. Sentía la carga de las miradas en su espalda, y nuevamente cuando emergió en el terreno destrozado de Acallar. Los demás la siguieron en silencio, ninguno con ánimos de charlar.

El Comandante los aguardó en el corazón de aquel lugar, y se rió al verles.

“Por supuesto que serías ustedes cuatro.”

“No entiendo, Comandante,” frunció el ceño Angharad.

“Eres una bailarina de espejos, muchacha,” dijo el anciano. “A diferencia de esos niños allá arriba, nunca creíste que tu vida podría estar en riesgo.”

“Supongo que se está cometiendo un desaire,” respondió ella con calma.

El Comandante se encogió de hombros, luego, sin decir palabra, le invitó a escoger una jaula. Mirando atrás, Angharad notó que ninguno de los otros parecía dispuesto a hacerlo. La noble observó la jaula más cercana y—

/un gran león dorado de ojos rojos que no parpadea, acechando en su melena/

—decidió que bastaba con esa.

“Esta,” señaló.

Ella no conocía a la bestia, pero preferiría mucho más algo que estuviera arraigado a la tierra en lugar de que tuviera alas. Las probabilidades de que ella contribuya a la victoria con su pistola eran desafortunadamente escasas.

"Tomaré la delantera," dijo Angharad. "Shalini—"

"Esperaré hasta que tengas el objetivo en su lugar, luego dispararé," dijo Shalini de Someshwari.

"Iré contigo," dijo Salvador, atrapando la mirada de Angharad.

Ella habría objetado, pero él agitó la cabeza.

"Difícil de matar," sonrió.

Sería una ofensa negarse a él, así que dejó de lado su preocupación.

"Entonces, atacaré por el costado," murmuró Expendable. "Después—"

La jaula se abrió, con el marshal de la Tavarin forcejeando para abrir la puerta antes de retirarse de vista, y justo como en el vistazo de Angharad, un gran león salió a la caza. La voz de Expendable se cortó.

"Por favor, déjame matarlo," dijo de repente. "Impotencialo y déjame matarlo."

Sus ojos se volvieron hacia él, desconcertados.

"¿Por qué—" empezó Angharad.

"Por mi contrato," dijo él. "Es... quizás pueda abandonar el Cuarto si lo mato. Por favor."

Shalini maldijo.

"No prometo nada," dijo Angharad, luego vaciló. "Pero si se presenta la oportunidad, me abstendré de matarlo."

Un rugido dejó en claro que era hora de dejar las palabras atrás.

La noble se lanzó hacia adelante, sacando su espada al hacerlo. La criatura, vio, era más similar en tamaño a un oso que a los leones de Malan—y en el interior de la criatura, ojos rojos evidentes y sin parpadeo observaban su acercamiento, mientras yacía de boca abierta, mostrando sus colmillos. Su cola se movió distraídamente tras ella, mientras Angharad acortaba la distancia, eligiendo su ángulo, pero para su sorpresa Salvador la adelantó con su espada en mano.

"Haré de distraído," logró balbucear.

Antes de que pudiera responder, el hombre se volvió azul y borroso—o eso creyó, hasta que se dio cuenta de que Salvador se volvía igual, dejando un rastro. Contrato. Ajustó su enfoque, rodeando hacia la izquierda, mientras la mayoría de los ojos del lemure se dirigían hacia el Sacromontano. Lo que vino después casi pasa desapercibido por la rapidez con que sucedió.

Salvador había llegado lo suficiente cerca como para lanzarse con su espada, pero el león pasó perezosamente junto al golpe. Entonces, uno de los ojos rojos explotó, lanzando un chorro de sangre que impactó en el estómago del Sacromontano y lo atravesó completamente. Angharad estuvo a punto de gritar, pero el hombre titiló en azul y, en un parpadeo, ya no estaba en ese lugar.

Detrás de ella, cuando empezó a dejar un rastro y permaneció ileso, ¿recuerda?, y completamente invisible.

Los ojos de Angharad se abrieron ante la implicación, pero no le quedó más tiempo que eso. El lemure se dirigió hacia ella, saltando, y un vistazo le indicó que siguiera con un giro rápido, ya que otro ojo estallaba e intentaba golpear su hombro. En lugar de eso, se levantó para asestar un golpe en la pata trasera de la bestia, alcanzando la piel, dura como cuero viejo. La cortó, pero no lo suficiente como para que brotara su líquido.

Rugiendo, el león se giró para abalanzarse sobre ella, y en ese momento, Shalini Goel disparó a su costado.

Cuatro tiros en rápida sucesión, tan rápidos que Angharad apenas pudo distinguir. El león gritó, pero ella apenas pudo escucharlo entre el estruendo producido por docenas de jaulas que vibraban por las criaturas en su interior. Salvador había regresado a la espalda del lemure, difuso una vez más, y Angharad se concedió un instante para notar que parecía extremadamente cuidadoso de no pisar su propio rastro.

Después de eso, fue un baile con el espejo.

La bestia era rápida y astuta; una vez estuvo a punto de desgarrar la garganta de Salvador, después de que él retrocediera al inicio de su rastro, pero Expendable vigilaba la escena—le disparó a uno de sus ojos y luego lo apartó con su lanza. Sin embargo, eran ágiles, y Shalini era una artillera en solitario. Nunca se aproximaba demasiado, esperando hasta que atrapasen a la criatura para atacarla con sus pistolas.

Pronto el lemur estaba sangrando por todas partes, más carne que monstruo, y para asco de Angharad, empezó a deshacerse. El mismo rojo que los había atacado con sus salvas comenzó a serpentear, una pierna entera convirtiéndose en un charco de sangre de repente, y tras unos golpes más cuidadosos del león, pronto no quedó más que una masa retorcida, palpitante, de carne y sangre.

Ya no luchaba, al menos, y los demás se unieron a ella para recuperar el aliento. Tenían unas rozaduras y el abrigo de Expendable estaba rasgado, pero por lo demás estaban ilesos.

“No sé cómo matarlo,” admitió Angharad, observando el rojo. “¿Municiones de sal?”

“No es necesario. Yo lo acabaré.”

Se volteó hacia Expendable, quien por una vez se mantenía erguido. Comenzó a avanzar hacia el león, desabrochándose la capa y dejándola caer, luego lanzó su lanza y revólver en la misma forma.

“¿Qué haces?” preguntó Angharad, desconcertada.

“Usando mi contrato,” respondió Expendable, y se quitó el sombrero. “No te acerques, no controlaré la forma en que lo haga.”

Sus ojos, vio Angharad, ya no tenían la textura de los de un lobo.

El joven malani incluso se quitó la túnica y las botas, avanzando en pantimedias hacia los restos retorcidos del león. Parecía un loco, hasta que el primer espasmo le sacudió. Mientras gritaba con voz ronca, el brazo derecho de Expendable se retorció y estalló en garras y pelo con un chapoteo húmedo. En convulsiones, gritando de dolor, otra forma surgió del muchacho, un gemido a la vez. Piernas largas y con garras, un pelaje rayado, un pecho grueso y orejas grandes y triangulares, un hocico de perro.

Parecería una hiena, si creciera del tamaño de un carruaje.

No, Angharad sabía qué era eso, y por eso no se atrevió a moverse ni un centímetro. Las rayas negras en el pelaje del monstruo ondularon como sombras vivas, serpenteando por el suelo, y cuando la criatura soltó una carcajada, ella se difuminó—y emergió en la punta de la sombra extendida, enviando un escalofrío por la columna de Angharad.

“Dioses,” susurró Shalini. “¿Qué es eso?”

“Detonador de la fatalidad,” susurró ella de vuelta, con la boca seca. “Ukusini.”

La Muerte Lenta, la llamaban algunos, porque los ukusini se tomaban su tiempo en asesinar a las caravanas—sorprendiendo y sangrando, no porque no pudieran acabar con todos en un instante, sino para convertir la caravana en un depósito de carne y terror. Ancestros, ¿cómo llegó ese muchacho a un contrato que lo convirtió en uno de ellos? La criatura se abalanzó con deleite sobre el herido, desgarrando carne y devorándola.

No fue rápido.

Cuando el último trozo de carne fue devorado, el ukusini se volvió hacia ellos y soltó una carcajada temblorosa. Angharad tragó saliva, dando un paso atrás con cautela. ¿Intervendría el Mariscal si fuera un alumno el que los atacaba, y no un lemur? No tuvo tiempo de averiguarlo, porque en lugar de avanzar, la criatura lanzó un grito de angustia y empezó a convulsionar. Era el horror que habían visto antes a la inversa: carne, hueso y tendones absorbidos por un cuerpo demasiado pequeño, mientras el ukusini era forzado de regreso dentro de Expendable.

El muchacho quedó tendido en el suelo, completamente desnudo.

Angharad había pensado que todo había terminado, por un momento, pero Expendable seguía convulsionando. Las cosas se movían bajo su piel mientras se retorció en el suelo, jadeando, hasta su fin repentino. Permaneció allí un instante, hasta que cerró los ojos y golpeó el suelo con el puño.

“Maldita sea,” gruñó. “Maldita sea. ¿Cómo es que no es lo suficientemente fuerte, Maldito Dios Durmiente, maldita sea tú.”

Cuando abrió los ojos, volvieron a ser de lobo y parecía dispuesto a llorar. Se recompuso para sentarse, sin mucho cuidado por su modestia.

“Se ha acabado,” dijo Expendable con cansancio. “Gracias por intentarlo.”

Shalini le llevó su capa y su sombrero, con una expresión que parecía de lástima en su rostro, y recogieron sus asuntos antes de partir juntos. Fueron llevados a la caseta de guardia, arreglaron sus heridas y fueron devueltos a las gradas. Allí se quedaron, observando cómo la hora se prolongaba y las jaulas se abrieron una tras otra. Cuando terminaron las peleas, seis personas habían muerto y tres estaban gravemente heridas, tanto que tuvieron que ser evacuadas.

Cuando el Comandante los llamó, los sesenta y seis estudiantes restantes permanecieron en silencio, tan silenciosos como la tumba sobre la que estaban de pie.

--

“¿Conoces nuestras palabras, Maryam Khaimov?”

La capitana Yue parecía una imagen de calma plasmada en lienzo: descalza y vestida con una blusa blanca y vaporosa, reclinada sobre un abrigo negro extendido sobre la césped. Con su trenza negra gruesa a un lado, Maryam no podía ver las cicatrices de quemaduras en su mejilla y su oreja, aunque sabía que estaban allí. Y los ojos marrones de la mujer de mayor edad, aunque su mirada estuviera medio cerrada, la observaban sin pestañear.

“Más allá del Horizonte,” recitó Maryam.

Se sentó en cruz, en el césped, enfrentándose a la otra mujer, con su capa ajustada como un escudo.

“Eso es,” asintió la capitana Yue. “Herencia de nuestros ancestros, ¿sabías? Te ahorraré los giros y vueltas de la historia, pero nuestra línea familiar como gremio se remonta a funcionarios del Segundo Imperio llamados cazadores.”

Maryam frunció el ceño. Conocía las raíces antiguas del Gremio Akelarre, pero su ascenso a la prominencia había comenzado mucho después, durante las Guerras de Sucesión — ¿por qué aferrarse a un pasado tan distante? Su desconcierto era evidente, y requería una respuesta.

“No eran usuarios de las Gloam, sino cartógrafos,” dijo la capitana, con una diversión extraña en su voz. “Su papel era explorar más allá de las fronteras y trazar los mapas de esas tierras, para que los emperadores de Liergan pudieran planificar mejor sus conquistas.”

La mujer de ojos azules reflexionó sobre aquello.

“Entonces, cuando Liergan tomó todo lo que pudo bajo el Resplandor, eso significó adentrarse en la oscuridad,” dijo Maryam. “Se convirtieron en usuarios de Gloam.”

“Eso y un culto misterioso,” agregó la capitana Yue. “La Orden de Cazadores creía que podía salvarnos a todos encontrando una tierra más allá del horizonte, donde la Gloam no pudiera alcanzarnos, un paraíso incluso para los dioses.”

No parecía muy diferente a lo que su pueblo llamaba los Nav — pero eso era una tierra para los muertos, no para los vivos.

“No he oído hablar de tal lugar,” dijo Maryam.

“Encontraron en su lugar el Infierno,” respondió la Tianxi con sequedad. “Supongo que fue una pequeña decepción.”

Maryam se estremeció, sorprendida de que, incluso con sus nervios, pudiera sentir cierta diversión. La capitana Yue tenía su particular manera de ser. Era esa serenidad, pensó Izvorica. La mujer mayor parecía tan profundamente indiferente al mundo que la rodeaba que no podía evitar sentir

atracción por su paso tranquilo.

—Si fracasaron, ¿por qué seguimos creyendo en sus palabras? —preguntó Maryam—. La Guilda ha incorporado en su seno a más de un centenar de cultos de practicantes a lo largo de los años. Seguramente alguno de ellos merecería más honor.

—Las palabras permanecieron porque ya no significan lo mismo —dijo el Capitán Yue—. Después de que encontraron Pandemonium, el culto de la Orden se desmoronó. Solo volvió a juntarse bajo un nuevo sueño.

La Tianxi extendió teatralmente sus brazos.

—Para hallar los bordes del mundo —dijo—. Es solo lógico, Maram: arriba tenemos el firmamento y abajo, la tierra bajo nuestros pies, pero Vesper tiene muros. Límites. Los últimos cazadores y quienes los siguieron querían cartografiar todo el mundo, conocer su extensión y sujetarlo en la palma de su mano.

Ella se encogió de hombros.

—Así se lanzaron a la búsqueda.

—¿Y todavía llevamos ese sueño? —preguntó Maryam, sorprendida sinceramente—. No se parece mucho a lo que el Capitán Totec me enseñó, ni a lo que aprendí en la Isla Ciega.

—Algunos de nosotros sí —dijo el Capitán Yue—. Pero ese sueño se desangró, Maryam, por la misma razón que tantas otras cosas: las Guerras de Sucesión.

La sombra que cubría cada lección sobre historia marinera, las grandes guerras que arrasaron sus reinos y los marcaron profundamente. Los Triglau conocieron la guerra, tanto interna entre sus pueblos como con los reinos destrozados más allá de las Tierras Muertas, pero nunca algo tan devastador. Qué locura sería, disminuir las luces del mundo cuando ya hay tan pocas.

—Supongo que la guerra les quitó el gusto por esas búsquedas —dijo Maryam—.

—Hizo mucho más que eso —sonrió el Capitán Yue—.

Ni siquiera se había movido un centímetro, pero la Izvorica no pudo evitar sentir que ya nada era casual en la forma en que ella yacía en el suelo.

—Cuando la mitad de Old Liergan se quedó en la oscuridad, se reveló el velo de nuestras ilusiones de superioridad —dijo la Tianxi—. La Vigilia nació de esa realización angustiada y repentina de que llevamos en guerra con las sombras amenazantes desde que huimos hacia Vesper y que, pese a nuestros esfuerzos desesperados, estamos perdiendo.

La creencia simple y sincera en esa última palabra estremeció elaboradamente toda la pradera. La Capitán Yue la pronunció sin dejar espacio para la duda. La mujer mayor se incorporó, cruzando las piernas en un gesto espejo del de Maryam, y rodó los hombros.

—Pero escúchame divagar, ¡y después de jurar que te ahorraría la historia! —suspiró la Tianxi—. Aquí está la parte importante: según los mejores mentes de nuestro orden, solo alrededor de una tercera parte de Vesper está bajo el Resplandor.

La mujer de ojos azules sintió que un nudo le apretaba el estómago de inquietud. Nunca antes había oído una cifra semejante, y la que le estaban diciendo era inquietante. Maryam no pensaba que la mayor parte del mundo estuviera sumida en la luz, pero¿al menos la mitad? Una simple tercera parte sonaba... frágil. El Capitán Yue, lejos de estar angustiada, parecía entusiasta.

—Lo que debes entender, Maryam, es que el resto de la Vigilia son médicos de poca valía —dijo—. Cacen los males del mundo y los midan como si eso pudiera salvar algo, pero todo lo que hacen es tratar los síntomas.

Se encogió de hombros.

—No es un trabajo despreciable, y algunos todo lo necesario, pero al final del día no pueden afrontar la realidad de que dos tercios del mundo están bajo la sombra de Gloam —dijo.

Y así Maryam pudo comprenderlo. El Capitán Totec no había llegado a su tierra natal como un explorador, no realmente. Y había una razón por la cual la tomó bajo su protección, incluso sabiendo que ello ofendería a los Malani.

—Pero nosotros sí, —dijo ella—. La horizonte en las palabras de nuestra guilda no es un destino que pueda ser alcanzado en una navegación.

—No, —asintió el Capitán Yue con satisfacción—. Es la frontera que nos encontrará, tarde o temprano: el último tercio que se oscurece. Y cuando llegue ese día, si queda algo de nosotros, debemos haber dominado Gloam. Hacerla nuestra. De lo contrario, ninguno de nosotros verá jamás qué hay más allá de esa frontera.

Ella levantó la mano, formando un puño.

—Las Señales son solo un alfabeto, —dijo el capitán—. Uno que con el tiempo dará forma a las palabras del idioma que será la salvación de la humanidad.

La Tianxi abrió su puño, revelando una bola de Gloam tumultuosa que apagó con un solo suspiro.

—Pero ese trabajo no estará terminado en nuestro tiempo, —afirmó—. Nosotros lo transmitimos, Maryam. Aprendemos, escribimos y pasamos el libro para que quienes vengan después puedan cerrar esa página.

La Izvorica permaneció en silencio. Ya podía oler el rechazo, o algo peor. ¿Qué podía agregar a este libro de Akelarre? Dudaba que hubiese en el Monasterio un solo signo que no pudiera generar al menos el doble de Señales que ella.

Por eso, Baltasar estaba equivocado respecto a ella, —dijo suavemente el Capitán Yue—.

Sus ojos azules se volvieron hacia ella con rapidez.

—Es un signo brillante de la Guardia y un excelente instructor, pero solo eso es, —afirmó la mujer mayor—. Supongo que fue bastante despectivo con la tradición Triglau que te hizo obscura en el cerebro antes de la pubertad.

Maryam tragó saliva, la boca seca.

—Lo fue.

No con malicia, pero en su momento lo fue.

—Ahí reside su falla, —sonrió el Capitán Yue—. Ve eso, observa cómo tu Agarre y tu Mando son absurdos, y reconoce a alguien que no puede sobresalir en lo que se le ha enseñado.

La capitana cruzó los brazos.

—Debería preguntarse, en cambio, qué es aquello en lo que tú fuiste creada para destacar, —dijo—. En ti hay un misterio, Maryam Khaimov, y los misterios han sido la perdición de muchos signos.

La Tianxi de ojos oscuros mostró los dientes.

—Pero también son la forma en que llenamos la página.

—¿Y qué significaría eso para mí? —preguntó Maryam en silencio.

—Me entregas dos tardes a la semana, —dijo el Capitán Yue—. Asignaré lecturas y ejercicios. A veces, tomaré medidas.

—Pero tú resolverás mi forma de significar, —dijo la Izvorica—.

—Haré mucho más que eso, —rió la Tianxi—.

Se reclinó, con los dedos entrelazados en los bolsillos del abrigo sobre la hierba. Sacó un papel doblado y se lo entregó a Maryam. La mujer de ojos azules lo abrió, y la garganta se le cerró al leer las líneas. Era un informe de un oficial de la guarnición, un teniente que describía un encuentro de la noche anterior cerca de una línea roja en Port Allazei.

Y, a menos que en la isla hubiera otro signo de piel pálida, ella era la describe en medio de la noche.

—Lo enterré, —dijo la Capitán Yue con indiferencia—. Oficialmente, estabas en misión para mí.

Y tú seguirás enterrándolo, —entendió Maryam—, mientras haga lo que dices. Se lamió los labios. Solo eso bastaba para que estuviera a su merced, incluso si ya estuviera desesperada.

—¿De verdad puedes ayudar? —preguntó.

—Me han llamado de muchas formas a lo largo de los años, —dijo el Capitán Yue—. Bruja, perra, la carnicera de Caranela, un centenar de variaciones de loca, e incluso una vez ‘Necalli con tetas’, pero hay una cosa que nunca me han llamado y esa es mentirosa.

Un destello centelleaba en sus ojos, una chispa que era oscura y fría, pero no cruel — al menos no más que un río profundo cuando ahoga a los desprevenidos.

“Ayúdame a entender por qué has sobrevivido en dos ocasiones a algo que creemos que es una muerte segura,” sonrió ella. “Y me aseguraré de que domines suficientes Signos para mantenerte el próximo año.”

Maryam eligió el lado de la moneda con el que podía convivir y estrechó la mano del diablo.

--

Hage estaba limpiando el mostrador cuando Tristan llegó.

El diablo le lanzó una mirada, levanto una ceja y luego rodeó el mostrador. Mephistofeline dormía junto a la ventana principal, sus leves ronquidos levantaban diminutas motas de polvo con cada respiración. Fortuna se acercó de inmediato, intentando despertarlo con un grito repentino que puso a Tristan en tensión, pero el gato solo se volteó boca arriba y se estiró un poco sin dejar de roncar.

“Hoy has hecho un enemigo mortal, Príncipe Mephistofeline,” siseó Fortuna. “Debes saber que una lengua entera fue creada con el único propósito de componer himnos en mi honor y eso—”

Conteniendo la vergüenza ajena y siempre agradecido de que nadie más pudiera escuchar a la diosa, Tristan se deslizó hacia un asiento frente a Hage. El diablo dejó caer su trazo, apoyó un codo en el mostrador y levantó una de esas cejas impresionantes.

“Revisé mi expediente,” dijo Tristan. “¿Qué quieres saber?”

“¿Qué hacía tu padre para ganarse la vida?” preguntó Hage.

“Lo tienen marcado como violonchelista.”

El diablo tarareó.

“¿Quién puso precio a tu cabeza y por qué?”

“La Biblioteca de Marfil,” respondió el ladrón. “Y no dijeron por qué, pero sí mencionaron que la oficial Nerei se quejaba de que se trataba de un secuestro de un miembro de la Guardia con fines de experimentación.”

Su rostro permaneció inexpresivo. Tristan supuso que eso era más fácil, cuando las únicas expresiones faciales que tenía eran las que fingía con mandíbulas debajo de la piel.

“Cuéntame un Objeto de Interés,” dijo Hage, “para otro miembro de tu facción.”

Tristan abrió mucho los ojos y adoptó una expresión ofendida.

“¿Por qué pensarías que reviso sus asuntos privados?” preguntó.

El diablo se inclinó hacia adelante.

“¿Esa es tu respuesta final?”

El ladrón hizo una mueca.

“La familia de Song es tan odiada que un dios maldición se forma a partir de ese odio,” dijo.

Hage volvió a tararear.

“¿Por qué no le preguntaste simplemente a Wen en lugar de armar una trama elaborada con un incendio?”

“Porque si él se negaba, estaría alerta de mí y todas mis otras suposiciones sobre dónde estarían los expedientes estarían mucho mejor protegidas,” respondió Tristan con sinceridad.

El diablo mencionó cuatro transcripciones. Hage tendría una como profesor de la Krypteia, Wen probablemente otra como patrón de su brigada, y seguramente ese despacho en el puerto, lleno de papeles, también tendría una. La conjetura más probable para la cuarta transcripción era la Novena Brigada, cuyo príncipe podría haber presionado a la guarnición local para obtener una copia de las transcripciones de la Decimotercera tras la pelea de Angharad con su mejor espadachín.

No, desde el principio había sido Wen o Hage, y por más astuto que fuera el Tianxi con gafas, no eran tan peligrosos como el viejo diablo. Dijo diablo volvió a pasar el trapo húmedo por su mostrador.

“Calificas para mis lecciones,” reconoció Hage.

Tristan ocultó su alivio.

“Vas a trabajar en turnos de tarde aquí dos veces por semana como una manera de encubrirte,” dijo el diablo. “Y te asignaré tareas para cumplir en tu propio tiempo.”

La ceja del ladrón se levantó.

“¿Voy a ser pagado por mi trabajo?”

“Mal pagado,” respondió Hage con alegría.

Eso era típico. La Fortuna, cansada de lanzar maldiciones de venganza espantosas contra un animal durmiente cuya masa cerebral era del tamaño de un puñado de nueces, se acercó flotando

hasta ellos. Se desplomó en el mostrador teatralmente, con el cabello peinado hacia un lado.

"Debemos retirarnos," le dijo. "Necesito invocar a mis legiones, Tristan, porque estos insultos no los soportaré. Tal vez tengamos que quemar este lugar hasta los cimientos."

El hombre de ojos grises aclaró la garganta.

"¿Hemos terminado por hoy, entonces, señor?" preguntó.

"No," dijo Hage. "Y no permitiré que quemen mi taller."

Le tomó un segundo para que las palabras calaran en realidad. Tristan quedó inmóvil, con la sangre helada, y cuando Fortuna se levantó para mirar al diablo, la antigua criatura, con pereza, extendió la mano y le dio un golpecito en la frente.

Y sin hacer ningún sonido, ella desapareció. Desvanecida.

"¿Podías verla?" tartamudeó Tristan. "¿Escucharla? ¿Todo este tiempo?"

Hage esbozó una sonrisa doble, con los dientes ocultos tras otros dientes.

"¿Por qué estabas tan seguro de que no podía?"

El ladrón se saliva los labios.

"Ella es..."

"Desestimada," dijo Hage. "Espero que tenga mejores modales si vuelve a entrar en la Cimerical."

¿Le habría dolido? ¿Podría Fortuna herir, como un ser humano? Incluso cuando enfrentaron esa astilla de la Boca Roja, no pareció estar a la defensiva como lo había estado ahora.

"Hay algunos Máscaras en esta isla que te aceptarían solo por quién te recomendó," dijo el diablo. "Eso es el valor del nombre de Nerei. Pero he comprobado que, aunque tiene talento para encontrar candidatos excepcionales, en realidad no los prepara."

Hage lo observó.

"Ella rompe la parte que no encajaría bajo la máscara, y luego nos la lanza," explicó el diablo. "No me gusta ese método."

Esa última frase, pensó Tristan, había sido pronunciada con el mismo veneno casual que imaginaba que el diablo podría usar mientras masticaba la pata de alguien.

"Entrar en la Krypteia siempre debe ser una elección, no un naufragio," afirmó Hage.

"¿Fue para ti?" preguntó en voz baja Tristan.

"Oh, sí," sonrió el viejo diablo. "El Infierno no me expulsó, muchacho. Salí por las puertas de Pandemónium con la cabeza bien alta."

Se lamió los labios.

"¿Por qué?" preguntó Tristan. "¿El Tribunal sitió el Infierno, verdad? Deben haberte llamado traidor cuando te marchaste."

"Contar esas historias que te permitan entender una respuesta genuina podría tomar días," dijo Hage. "Pero una simplificación sería esta: creo en lo que representa la Krypteia."

"¿Y qué es eso?" preguntó el ladrón.

El tono, aunque aparentemente casual, era totalmente serio. Hage colocó una mano sobre el trapo, aunque no volvió a limpiar con él.

"Nuestro mundo, Tristan Abrascal, es un cementerio."

El diablo se acercó, con la voz suave como seda.

"Existen imperios en la oscuridad, cuyo ascenso y caída nunca escucharás en un susurro, maravillas y horrores sepultados bajo nuestros pies que nunca volveremos a ver," dijo Hage.

"Construimos nuestros hogares sobre las cenizas de cientos de reinos rotos y, para quienes saben escuchar, el viento aún trae ecos de aquel fuego implacable."

Los dedos del diablo apretaron el trapo.

"Las grandes potencias olvidan, como toda potencia, el mar de sangre que las vio surgir," afirmó.

"En cada rincón de Vesper, almas ambiciosas afilan sus espadas y sueñan con el imperio, sin escuchar la simple verdad de que solo podrán sostener el mundo si lo hacen lo suficientemente pequeño como para caber en la palma de su mano."

Tristán recordó la mirada severa del profesor Iyengar aquella mañana. Su tono directo y sin adornos. Más soldados murieron en las primeras dos semanas de las Guerras de Sucesión que en toda la duración del Baile de Kuril, había dicho.

"Izcalli arde mientras Sacromonte degüella," Hage despreciaba. "Tianxia imita milagros rotos y Malán intenta robar reinos enteros a la vista de todos. ¿El Someshwar imperial? Si se rompe, arrastrará a Vespero con él — y sería peor si lograra repararse."

Los cinco grandes poderes estaban resumidos en unas pocas frases, aunque según algunos conteos, la Guardia era considerada la sexta y el diablo la había perdonado.

"Todos cavando, negociando, haciendo tratos con cualquier dios que pueda escuchar, para que cuando llegue la guerra — no solo la guerra sino la guerra misma — sean los reyes de las cenizas."

"¿Y nuestra vigilancia sobre ellos cambiará eso?" preguntó, incrédulo.

Hage negó con la cabeza que llevaba puesta.

“Los Krypteia no son espías, Tristan, aunque sí vigilamos. Ni somos ladrones, aunque robamos, o incluso asesinos, aunque hayamos acabado con hombres como quien poda el césped.”

La voz del diablo sonaba plana.

“Somos guardianes de sepulcros.”

“Eso puede significar cualquier cosa,” desafió el hombre de ojos grises.

“Significa,” dijo Hage, “que nos aseguramos de que aquello que no debe ser exhumado permanezca enterrado en lo profundo, que todas esas manos ansiosas nunca rompan el sello de la tumba equivocada. Cuidamos los terrenos, cortamos las gargantas de los intrépidos y quemamos las bibliotecas de los demasiado curiosos, de modo que los horrores que partimos en polvo para matar, sigan durmiendo en sus sepulcros.”

Tristán tragó saliva.

“Sin nosotros, no habría Guardia que merezca ese nombre,” dijo Hage. “Cada otra parte, pacto, cónclave y compañías, son los miembros y la sangre de la bestia. Nosotros somos el deber, la razón por la que nació.”

El diablo guardó su trapo, calmando su ira — aunque no antes de arrancar fibras con su agarre.

“No lograrás ser orgulloso, valiente y honesto, Tristan Abascal,” dijo Hage con calma. “Imitar al Militant o ganar elogios de un Fachero, crear y aprender como un estudiante universitario.”

Esas nunca fueron opciones, pensó Tristan. No era soldado, ni erudito, ni siquiera capitán. Una vez intentó, a medias, y ¿cuántos de los que se habían unido a él en el Dominio lograron salir?

Solo aquel que ya era CIA.

“Antes de que esto termine, te haremos pedir cosas malditas y feas,” dijo el diablo. “Cosas que ni siquiera te permitirás susurrar a quienes amas en las primeras horas de la madrugada.”

Había algo casi hipnótico en la voz de Hage, en la manera en que hablaba.

“Aprenderás a mirar en cada sombra y a detectar la mentira en cada milagro, a desconfiar del amor y de la sangre, y a saborear incluso las mejores comidas con veneno. Lo que te enseñaremos te herirá, en lo profundo, de maneras que aún no puedes comprender.”

“¿Y esto,” dijo él, con la boca seca, “está pensado para que me una a ustedes?”

“No,” respondió Hage. “Esto es.”

El diablo fijó su mirada en la suya.

“Aquí está la promesa de nuestra orden: te usaremos, Tristan Abascal, para acabar con cien Teogonías.”

Los dedos del muchacho se apretaron.

“Para degollarlas y prender fuego a sus obras,” dijo Hage. “Para sangrar el veneno que esparían. En esa tarea no respetamos fronteras ni leyes, no nos importa la corona ni los dioses, ni cuántos cuerpos se acumulen.”

La voz del viejo diablo era casi suave.

"Intercambiaremos todo lo que somos, lo que llegarás a ser, salvo una cosa: cazamos en la noche y todo lo que la traiga".

Hage dio un paso atrás.

"Piensa en ello," dijo. "Vuelve mañana."

Tristán apenas había hablado, pero era él quien sentía la respiración agitada. Pero, ¿importaba acaso? El tiempo no servía para él, ya era demasiado tarde. Cuando te encontré, decía Abuela en el barco, ya teníamos tu caza grabada en los huesos.

"No hay nada que pensar," dijo Tristán, colocando una mano con la palma hacia arriba sobre el mostrador. "La elección ya está hecha."

Su mano era más grande que aquella vez, pensó.

Quizá algún día significaría más que simplemente precisar una baldosa más grande.

--

'¿Qué propósito sirve la Academia?'

Song meditó la pregunta del Coronel Cao mientras sus compañeros trataban sin éxito de responder. Algunos intentaron ser ingeniosos—"enseñar", "hacer Fronteras"—otros gestaron respuestas más elaboradas que despertaron interés tanto en su maestro como en la asamblea. Sin embargo, fue un lugar lamentablemente familiar el que provocó una reacción en su maestro.

"La Academia es el órgano de gobierno real de la Vigilia," dijo el Capitán Sebastián Camarón.

"¿En serio?" exhaló el Coronel Cao. "No esperaba que alguien se acercara tanto."

El hombre, en su honor, no se jactó outwardly. Solo sonrió y se recostó en su sillón como un gato satisfecho. Si no fuera tan hermoso, parecería arrogante, pero la suerte le había sonreído con una belleza distintiva, así que en lugar de eso parecía confiado. Nada hay peor que un chico bonito que lo sabe, pensó Song.

"Se puede decir que el propósito de la Academia es administrar la Vigilia," explicó el coronel, "y esa es la primera mitad de la respuesta. La segunda, naturalmente, es el porqué."

Ella hizo un gesto en dirección a la habitación, con la bebida en mano.

"¿Es la ambición lo que nos impulsa como pacto?" preguntó el Coronel Cao. "¿El deber, la tradición, alguna de esas medio docena de lindas palabras?"

Nadie se atrevió a responder, temeroso de la presencia de la vieja Tianxi, que dejó su copa con un gesto.

"No es una pregunta sencilla de responder, pero vale la pena el esfuerzo. Comenzamos con dos verdades contradictorias y desagradables de nuestra orden: la Vigilia necesita existir y no puede ser gobernada."

Eso fue una declaración audaz, y cayó en un silencio absoluto.

"Considere cómo funciona la orden," invitó el coronel Cao. "La Conclave nos gobierna, pero ¿de quién está formada?"

Ella hizo un gesto con su dedo hacia su bebida, cuyo sonido resonó en la sala.

"Los capitanes-generales de las compañías libres dispersas por la mitad de Vesper, que si no fuera por las reglas del manto, estarían tan propensos a luchar entre ellos como a defender la noche," dijo el coronel. "Los numerosos tenientes-generales de la Guarnición, cada uno un rey menor y envidioso, que luchan por una mayor parte del tesoro."

Song se divirtió al notar que muchas caras en la sala se habían enturbiado. Hay que ser justos, considerando quiénes los habían enviado a Scholomance.

"Incluso si la Conclave tuviera la mitad de sus asientos, lucharía por tomar decisiones," dijo el coronel Cao. "No ha podido elegir un Gran Mariscal desde el Siglo del Dominio, y los hombres con una sonrisa te dirán que todo es intencional, que así más poder permanece en manos de la Conclave, pero eso es una vanidad superficial."

Ella pronunciaba una mueca despectiva.

"Nadie conseguiría que uno sea elegido, aunque lo intentaran; los votos se dividen demasiado."

La coronel levantó un dedo, como para detener objeciones.

"Por eso existen los comités, diréis," dijo ella, y en efecto se oyó un leve murmullo de aprobación. "El Concilio es demasiado grande, argumentan, así que delega la autoridad en asambleas más pequeñas y ágiles que puedan ejercer su voluntad."

La coronel Cao no disimuló su desdén ante esa idea.

“Como si eso no fuera simplemente dividir de nueva cuenta feudos en un orden que ya ha sido creado mil veces.”

Song notó que ese argumento resonaba mejor entre los estudiantes de unidades libres que entre los de la guarnición. No era sorprendente, considerando que la Guarnición estaba mucho más vinculada al Concilio — la mayor parte de su financiación provenía de él.

“No sois Laureles, para no perdernos en la filosofía, ni Masks, para no perseguir sombras en conspiraciones,” dijo la coronel Cao. “La autoridad es una moneda acuñada en oro y acero, y si seguís estos principios, veréis que la Guardia cruje porque siempre se está deshaciendo.”

Una sonrisa dura.

“Las compañías libres se frustran por el gobierno del distante Concilio, que dicen toma oro y devuelve muy poco. Luchan y mueren en tierras lejanas mientras los burócratas enriquecen a sus milicias ingratas.”

Más de una sonrisa surgió entre los integrantes de las compañías libres, aunque eso probablemente no duraría.

“La Guarnición se queja de que deben poner freno a su vuelo para complacer a los capitanes-generales, quienes acaparan riqueza y gloria para no tener rivales. Todo mientras sufren insultos por cumplir con deberes que los buscadores de gloria ni siquiera parecen querer realizar.”

Como si un palanca hubiera sido accionada, las sonrisas se desplazaron al otro lado de la sala.

“El Concilio se queja de que enfrenta un centenar de demandas y ninguna concesión, ambos lados del abismo se quejan de la cuerda floja que debe recorrer.”

Nadie parecía realmente convencido con esa postura, musitó Song, lo cual en cierta forma demostraba el punto de la coronel.

“Al fin y al cabo,” dijo la coronel Cao, “las políticas que benefician a las compañías libres suelen entorpecer a la Guarnición y viceversa. El acuerdo molesta a ambas partes y la concesión solo aviva los deseos.”

Ella volvió a tomar su bebida.

“¿Entonces por qué la Guardia no se ha desgarrado por completo?” preguntaste.

Ella bebió, la dejó sobre la mesa.

“Porque somos nosotros,” dijo la coronel, y aunque no elevó la voz, algo en ella hizo que todos se quedaran en silencio.

“Hay un Strato en cada compañía libre, en cada fortaleza, en cada sesión del Concilio,” afirmó la coronel Cao. “Participamos en todas las mesas, opinamos en cada consejo y conspiración

clandestina.”

Se inclinó hacia adelante.

“No solo promovemos oficiales, sino que los incorporamos, porque cuando uno alcanza un gran éxito, es invitado a estudiar en la Academia,” explicó. “Traemos a los influyentes y conformamos comités, enseñamos a los Strato a promover a sus iguales. Hemos invertido siglos y montañas de oro en transformar la Guardia en una cultura, desde algo tan simple como el color de nuestros capotes hasta crear un argot suficiente para que parezca un dialecto diferente.”

La coronel sonrió, de manera desagradable.

“No somos un pacto, niños, somos una conspiración.”

Y a pesar de la gravedad en su expresión, los susurros comenzaron a crecer ante eso. ¿Cómo no hacerlo?

“¿Quieres saber cuál es nuestro propósito? La Academia es la conspiración más grande, rica y mejor organizada en Vesper, y su único objetivo es garantizar que la Guardia siga funcionando.”

El coronel soltó una carcajada.

—Por eso somos más grandes que todos los demás convenios juntos, por eso cada vez que nos excedemos y ofendemos a los otros, nunca clavamos la daga demasiado hondo —dijo—. Porque saben que, a pesar de nuestro aire de arrogancia, sin nosotros todo se desmorona.

La mujer de cabello oscuro se apoyó en el mostrador.

—Hacemos que las compañías libres compartan ofertas en lugar de luchar por contratos —dijo el coronel Cao—. Hacemos que las guarniciones envíen su pólvora a sus rivales en lugar de acumularla, rompemos estancamientos, mediamos en compromisos y hacemos todo lo necesario para que los engranajes sigan girando sin importar cuántos granos de arena se atasquen.

La mujer mayor de Tianxi levantó un dedo en señal de advertencia.

—No importa quién te envió aquí, a quién debes o qué desean —dijo—. Ahora eres de las Rayas. Tienes un llamado superior, un deber de tomar las decisiones que es preciso tomar, para que la barrera entre Vesper y el horror siga en pie.

El coronel resopló.

—Mira a tu alrededor —ordenó—. Algunas de esas caras serán rivales y enemigas, pues esa es la naturaleza de la ambición. Pero nunca olvides, ni por un momento, que esas enemistades son personales. Que deben dejarse de lado por el bien mayor de la Guardia, por muy amargo que sea tragar esa píldora.

Ella bebió el último sorbo de su copa, dejándola sobre la mesa.

—Y tú te tragarás esa píldora —afirmó la coronel Chunhua Cao con gravedad—. O pronto te encontraréis en la intemperie, y créeme, después de haber estado dentro, no hay lugar peor donde estar.

—

El mariscal de la Tavarin se sentó en su muro, con el resto de ellos de pie bajo su sombra en el mismo terreno donde seis de sus compañeros habían caído en la última hora.

—Como la persona encargada de iniciarte en los Skiritai, debo enseñarte nuestras costumbres —les informó—. Como todos los maestros enviados por los convenios, cada uno de ellos te pondrá a prueba, te dará discursos y compartirá secretos.

El mariscal resopló.

—Hoy en día, bueno, la Guardia ya no es lo que solía ser —dijo—. Es como un viejo león que ha crecido con más melena que cuerpo. Hemos estado en la cima demasiado tiempo, hijos, y eso nos ha llevado a incorporar algunas ideas pretenciosas a la verdad de lo que somos.

Torceó su bastón sin interés.

—A los Rayas les gusta pensar que dirigen la Guardia y, a través de ella, el mundo —sonrió ampliamente—. La mayoría del tiempo vale la pena dejarles pensar así, para evitar tratar con las formalidades.

Un suspiro.

—El Colegio solo hace preguntas —dijo el mariscal—. ¿Qué es esa luz, esa ley, ese reloj? Y sin embargo, de alguna manera, olvidan hacer la pregunta más importante de todas.

Se inclinó, hasta el borde mismo del muro.

—¿Quién está pagando por todo esto?

Hubo un estallido de risas en el que Angharad no participó.

—Las máscaras son espías que no puedes colgar, las peores de todas —continuó el mariscal—. Tienes que sacudirlas de vez en cuando, recordarles que el chantaje solo funciona si la otra parte no te dispara en la cabeza.

Solo al llegar al final de la lista se enderezó.

—Las Akelarre, nuestras primas en la Casa de la Guilda, son bastante sensatas —lo elogió—. Puedes contar con ellas en momentos difíciles, si no terminan fundiendo sus cerebros.

Arrugó la nariz.

—El problema es que su círculo de brujas es anterior a la Guardia, y a veces olvidan que forman parte de ella. Pero no te quejes demasiado, ya que la mayor parte de nuestras cuentas las pagan ellas.

Las risas eran aún más escasas en aquel lugar. La inquietud solo lograba extraer de ellos una penosa respiración.

“Todos estos otros pactos, serán los que cuenten a sus hijos que mantienen en pie a la Guardia,” les informó el mariscal de la Tavarin. “Son la parte más importante, la gloria suprema. No estoy aquí para decírselo, porque la verdad es un poco más sencilla: en todos los aspectos que realmente importan, ustedes son la Guardia.”

Esta vez, al sonreír, no había nada de travieso ni de insensato en su expresión. Era un frío destello de marfil y plata.

“Todo lo demás existe para servirnos,” decía el mariscal. “Los otros pactos fueron creados para armarnos, informarnos, encontrar a nuestros enemigos y guiarnos hasta donde debemos estar para acabar con ellos. Son los lanzadores de la lanza de la Hermandad Skiritai, nada más ni menos.”

Exhaló con desdén, haciendo ondear su bigote.

“Nuestro orden ha envejecido, así que todos estos filósofos surgieron de la nada para contarles las cosas especiales que son los Rooks,” dijo con desprecio, “pero esas son solo palabras. Nuestro orden es un arma, y ustedes son el proyectil: sin ustedes, no tiene sentido.”

Pareció cierto, pensó Angharad. Y bastante razonable.

“Ustedes son Militares: la hoz que cosecha dioses, las espadas de plata de Iscariot. El ejército que tres veces mató a Lucifer y cerró las puertas del Infierno.”

Angharad se enderezó, igual que muchos a su lado. ¿Tres veces? Solo había oído hablar de dos.

“Miren a su alrededor, a esta noble fraternidad de valor,” animó el mariscal. “Conténganse y obsérvenlo bien.”

Era una expresión vacilante, pero compartían sonrisas. Se apagaron ante las palabras que siguieron.

“Para cuando salgan de Scholomance, la mitad de quienes ven aquí ya no estarán con vida.”

—¿De verdad? —preguntó alguien en voz alta, y muchos susurros estuvieron de acuerdo. Pero al viejo no pareció molestarle.

“¡Ah, niños!”—sonrió con brillo plateado—“¿Creían que llegamos a tener esos títulos tan pomposos por casualidad?”

Se apoyó en su bastón sobre su regazo.

“Se requieren siete años de servicio impecable o una victoria contra probabilidades imposibles para que puedan ser considerados en la Hermandad Skiritai, allá en Vesper,” dijo el mariscal. “Pero Scholomance es distinto, ya me dirán. Nosotros somos los mejores, los elegidos, los seleccionados.”

Se encogió de hombros, como si aceptara la verdad del asunto.

“Y lo fuiste,” afirmó con seguridad. “Fuisteis elegidos para realizar un proceso que solo produce dos cosas: cadáveres y espadas de plata.”

Angharad no estaba segura de que realmente le hubieran creído si no hubiera visto a los negros con capucha arrastrar seis cadáveres en una hora. Ahora sabía que no era así.

“Me dieron cinco años para convertirlos en Militares, y eso no deja ni un instante para la bondad,” dijo el mariscal.

Su tono era suave, casi conversacional.

“Voy a erradicar toda debilidad en ustedes, niños,” afirmó el mariscal de la Tavarin. “De forma cruel y usando métodos que dejarán cicatrices en ustedes por el resto de sus días. Pero nunca serán en vano, y quienes consigan sobrevivir serán merecedores de ser llamados Skiritai.”

Esta vez, ni un susurro hubo en la sala.

“Les digo la verdad: esta es su primera y última advertencia,” declaró el viejo. “Regresen a sus camas, niños, y decidan si la razón por la que están aquí vale la pena arriesgar la vida. Permitiré que los estudiantes se retiren hasta la hora de la clase de mañana.”

Su boca sonrió, pero sus ojos permanecieron fríos.

“Después de eso, la única forma de salir es en un ataúd.”